

Obituario
Eugenia Bordas
(2018)

Todos sabemos que individualmente somos el resultado de una compleja relación entre el individuo y el medio en que se desarrolla. Cuando entre ambos se mantiene una cierta armonía, en su tiempo se vive normalmente (forma de decir), de lo contrario se entra en crisis, alterando todo el sistema, que adquiere entonces variadas formas en el individuo que, según su compleja formación, a veces son exteriormente visibles, pero mayoritariamente interiores, inconscientes, pero que rigen su comportamiento y acciones mediante las cuales consecuentemente, se las conocen. Raras veces se encuentran personas que viven en armonía interior, aquella que se obtiene y mantiene mediante una lucha permanente contra el medio que le rodea. Eugenia era una de ellas, empecinadamente fiel a sus convicciones tanto en su vida íntima, familiar, como la externa, la social y profesional.

Quizás por esto mismo conocemos muy poco de su vida y CV profesional salvo obviamente, la que compartimos con ella. Familiarmente vivió con su madre. Tenía otros parientes con los que se daba escasamente; amigos conocidos, pocos, solo algunos colegas botánicos que residían en Argentina y la visitaban cuando venían a Asunción, es decir, muy de vez en cuando.

Durante su formación profesional fue a los Estados Unidos, donde se especializó en Botánica Sistemática, especialmente de las Pteridofitas (Helechos). Ella siempre vivió un ambiente real de investigación, como debe ser; nunca hizo alarde ni recordaba de aquella pasantía, pero su comportamiento fue la de una Investigadora (con mayúscula), y como es inherente a esta actividad, toda su vida fue discreta, silenciosa, en la que la sencillez era constante, lo que no impedía que fuera franca y directa, hasta dura cuando correspondía. Tenía una personalidad compleja, ello no quitaba que como toda persona inteligente, tenía un gran sentido del humor muy particular, que gozaba cuando entraba en confianza.

Vivía de la docencia. En un principio enseñó en colegios de secundaria. Posteriormente fue docente en la Facultad de Ciencias Químicas (Universidad Nacional de Asunción, UNA). Cuando se instaló el entonces Instituto de Ciencias Básicas, más tarde Facultad de Ciencias Exactas y Naturales, UNA, ingresó al mismo hasta su jubilación. Allí, además de sus actividades docentes, trabajó en el uso medicinal y otros usos de las plantas, complementando quizá al libro del Dr. Carlos Gatti sobre Plantas Medicinales y Conocimientos Paraguayos. También allí integró el equipo que trabajó en el proyecto “Estudios forestales en el Chaco: proyecto biológico forestal” financiado por la OEA., durante el cual se realizó, por un grupo de profesionales nacionales, lo que seguramente fue el primer viaje de estudios fitogeográficos para el país. Colectó ejemplares de herbario en el terreno, muchos de los cuales se encuentran depositados en el Instituto de Botánica del Nordeste (CTES) y otros en Paraguay (FCQ).

Curiosa en todas las disciplinas científicas, leía mucho, absorbía y tenía gran conocimiento universal, de amplio abanico, hasta hizo teatro bajo la dirección del conocido director nacional Héctor de los Ríos; representó a “Antígona” de Sófocles, rol difícil y complejo, de largos monólogos, sin ayuda de memoria, ya que era al aire libre pues fue representada en la Escalinata de la calle Antequera, en Asunción.

Sin embargo no volcaba mucho a la escritura: no dejó escritos. Esto merece una atención, quizá no encontró aquí un ambiente adecuado a sus ideales, pues realmente no fue valorada como correspondía, al extremo de quizá desanimarla anímicamente. Esta anécdota la describe bien: en oportunidad fue invitada a dar una conferencia sobre el botánico Aimé Bonpland. Tarima elevada con micrófono al frente, público en la platea, presentaciones de rigor, pero cuando la conferenciante inicia su exposición, abandona la tarima y baja a nivel de público y entabla, sin papeles, un diálogo informal durante el cual, a su invitación, surgieron preguntas, pocas al principio, numerosas después, hasta con aportes por parte de los oyentes, terminándose en un ameno diálogo, que se prolongó fuera de horario habitual. No lo hizo por timidez, era su forma natural de ser, rechazaba la formalidad, era simplemente directa.

Pero, por otro lado, sus colegas botánicos la honraran poniendo su nombre a especies nuevas, aún no reconocidas por la Ciencia (el Ing. Agr. Antonio Krapovickas, del Instituto de Botánica del Nordeste de Argentina, con el nuevo género *Bordasia* de la familia de las Malváceas y Aurelio Schinini de la misma institución con una especie nueva de la familia Boragináceas, *Cordia bordasii*).

Recién a finales de su vida vio la aparición de estudiosos botánicos que comenzaron a valorarla y desarrollar las actividades que corresponden como la confección de herbarios, establecer contactos internacionales con instituciones equivalentes de prestigio universal, intercambiar información con especialistas, editar revistas especializadas y demás actividades que corresponden a esta disciplina, que culminaron, recientemente, con su nombramiento como Investigador Emérito por parte del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT).

Eugenia era amiga de animales, en realidad de toda forma de vida. Su casa era refugio de los gregarios gatos del barrio y una anécdota ilustra sus sentimientos. Estando en la localidad de Capitán Pablo Lagerenza (Alto Paraguay), en viaje de estudio y alojados en el cuartel, cenábamos todos juntos, viajeros y militares como era costumbre, cuando de pronto aparece una víbora de abajo de la mesa, lo que motivó al conscripto que la vio a perseguirla armado de un palo para su eliminación. La reacción de Eugenia fue inmediata en defensa de la perseguida, que tuvo tiempo de escabullirse, ante el desconcierto del perseguidor y jolgorio de los asistentes.

La Doctora Bordas fue una científica e investigadora que se anticipó a la realidad de lo que ahora está tímidamente surgiendo, cuando ya declinaba con su edad de respeto y esperemos que con el tiempo se convierta en otro icono de la rica botánica paraguaya. Lo merece.

Marcos Sanjurjo K.